



Fotografía: trabajo colaborativo en la construcción del huerto escolar de la Escuela Secundaria Técnica Industrial de Mahuixtlán, Coatepec, Veracruz.

Sustentabilidad social: cómo iniciar y dar continuidad al huerto escolar

Silvia L. Colmenero

Red Temática de Socioecosistemas y Sustentabilidad, Conacyt | México

Kay Nicté Nava Nasupcialy

Red de Huertos Escolares y Comunitarios de Xalapa-Coatepec | Veracruz, México

En las siguientes líneas exponemos las reflexiones sobre los retos, alternativas y estrategias implicados en el inicio y mantenimiento de un huerto en comunidades escolares. Estas ideas surgen de la experiencia que diversos docentes, estudiantes, hortelanos y académicos compartieron durante el VII Encuentro RIHE en el semillero de ideas “Sustentabilidad social: cómo iniciar y dar continuidad al huerto escolar”. Las voces retomadas para este escrito nos muestran el curso de múltiples experiencias, algunas que apenas comienzan y otras que han sobrevivido al paso del tiempo y se presentan como una ofrenda de esperanza y aprendizaje colectivo.

Introducción

El principio fundamental de organización de los organismos vivos, los sistemas y los procesos es la complejidad; ésta tiene relación con la diversidad, y ambas dan lugar a una nueva capacidad de adaptación y a una plasticidad necesaria en el contexto del cambio.

Manifiesto sobre el futuro de los sistemas de conocimiento: soberanía de conocimiento para un planeta sano.

Emprender y dar continuidad a un huerto escolar da lugar a un proceso no-lineal de aprendizajes, armonización y comprensión de las complejas interrela-



Fotografía: participantes del Programa Huertas en Centros Educativos, Universidad de la República, Uruguay.

ciones y necesidades de las personas en relación con las de otros seres vivos y ecosistemas; más aún en un espacio de vida como la escuela, donde se desarrollan múltiples y diversas actividades en una compleja red de toma de decisiones. El huerto escolar abre una reflexión continua y colectiva sobre los ritmos, necesidades y relaciones entre los integrantes de la comunidad escolar: desde estudiantes, docentes, administrativos, trabajadores, familiares y vecinos, hasta plantas, agua, viento, suelos, insectos, animales y demás seres vivos que comparten el espacio que hemos elegido para desarrollar nuestros aprendizajes colectivamente.

A través de los huertos escolares se emprenden acciones comunes que a corto, mediano y largo plazo echan a andar su potencial transformador en nuestras vidas cotidianas y la manera en que nos relacionamos los unos con los otros en nuestros espacios vitales. La reconexión con la naturaleza a través del huerto es amplia y diversa; es una “reacción en cadena” a lo micro y lo macro que toca múltiples aspectos y se va perfilando como una estrategia educativa para la vida, un aprendizaje en la acción que nos induce a implementar “pequeños cambios” de manera consciente y constante, y que

transforma “nuestra mente, nuestra salud física, espiritual y emocional, lo cual se ve reflejado en el bienestar y, por supuesto, en el entorno donde vivimos” (Rodríguez Haros *et al.*, 2012, p. 26).

Estos “pequeños cambios” cotidianos van transformando de manera integral la manera en que nos desenvolvemos en distintas esferas y escalas de nuestra vida, y promueven toda una serie de aprendizajes que aportan al camino hacia la sustentabilidad ecológica y social. Cabe destacar los elementos mencionados por vecinos en un diagnóstico realizado durante el Primer Encuentro de Agricultores Urbanos en Montevideo, respecto de las aportaciones de la agricultura urbana a la sustentabilidad. Además de los cambios en la alimentación, el consumo, la separación de residuos, el compostaje, la protección del medio ambiente, la revalorización de la fertilidad del suelo y la reducción de agrotóxicos, los aprendizajes referían a elementos vinculados con aspectos sociales: la calidad de vida, cambios culturales, incorporación de valores, solidaridad, honestidad, vínculos comunitarios, integración familiar, mejora de la autoestima, promoción del trueque, dignificación del ocio y rescate de cultura popular (Bellenda, 2005, p. 30).

Desde esta perspectiva común y compleja, los participantes del espacio de reflexión coincidimos en que uno de los mayores desafíos para las comunidades escolares es aprender y hacer comunidad con y desde el trabajo y la toma de decisiones colectivas. Desde este proceso en constante construcción, es posible andar pasos hacia: a) la integración y cohesión comunitaria; b) el fortalecimiento y diversificación de los espacios de aprendizaje; y c) la integración del huerto escolar a otros aspectos de la agroecología.

I. Integración y autonomía comunitaria: aprender y hacer comunidad con y desde el trabajo y la toma de decisiones colectivas

La integración y la autonomía de la comunidad escolar son la fuerza motora y la base desde la cual puede desarrollarse un proceso de sensibilización, un sentido de identidad y la cohesión necesaria para dar larga vida al huerto y, con el curso del tiempo y las acciones, dar pasos y saltos hacia la sustentabilidad escolar y comunitaria.

De ahí la importancia de construir espacios colectivos para promover la integración y autonomía comunitaria desde y con el trabajo y la toma de decisiones colectivas; vincular el desarrollo del huerto con nuestras necesidades e historias de vida, hábitos, saberes campesinos y tradiciones; así como fortalecernos a partir de lo común para lograr que el huerto encuentre su lugar vital dentro de la dinámica escolar, que se convierta en un “símbolo” con un sentido compartido por la comunidad escolar.

Este proceso puede entenderse desde el concepto de glocalización, descrito en el artículo “Los huertos escolares comunitarios: fraguando espacios socioeducativos en y para la sostenibilidad” como una de las premisas para lograr la participación comunitaria. Como mencionan los autores, va más allá de ubicar el entorno escolar como un espacio anónimo donde muchos no se sienten identificados, ni socializados, ni ubicados,

[...] hemos de repensarlo como ese entorno que permite a los sujetos implicados adquirir un sentimiento de situación e identificación [...] El principio de unidad desde el entorno local y comunitario presupone la interrelación entre la familia, la escuela y la comunidad, en cuanto que núcleos primarios a través de los cuales la persona accede a la cultura y construye su identidad personal y colectiva (Barrón y Muñoz, 2015, p. 217).

El sentido de identidad y pertenencia de cada individuo respecto de su comunidad está íntimamente relacionado con su participación, es decir, su inclusión en el hacer y en el hablar. Por eso es importante hacerse de espacios de confianza que ayuden a emprender el diálogo, tomar iniciativa, actuar colectivamente, escucharse los unos a los otros. Activar espacios alternativos de trabajo comunitario y organización autónoma, donde los roles, tareas, tiempos y metas se construyan desde la participación misma, amplia y diversa.

A través de la participación, las diversas subjetividades y conocimientos de los integrantes de una comunidad escolar se implican en el proceso formativo, lo cual da cabida a la generación de nuevos sistemas de conocimiento capaces de promover la sustentabilidad, la equidad y la resiliencia o capacidad de adaptación. La diversificación de espacios de participación e inter-aprendizajes permite la convivencia y la integración de una pluralidad de enfoques y formas de saber, garantizando la apertura, la dignidad por igual de todo conocimiento, y una distribución equitativa de los beneficios, basada en la participación plena y el derecho a decidir, no sólo qué comer y cómo producir los alimentos, sino cómo establecer las interacciones entre los diversos (Comisión Internacional para el Futuro de la Alimentación y la Agricultura, 2009, pp. 12-13).

Desde esta perspectiva, el huerto escolar, más que un fin, se sitúa como un camino hacia aspectos más amplios de la agroecología y la sustentabilidad. A través del huerto, los saberes campesinos, intergeneracionales, tradicionales, así como las alternativas



Fotografía: semillas para intercambio en reunión de la Red de Huertos Escolares.

para la producción de alimentos y ecotecnias, se van integrando al quehacer educativo y nuestra conciencia y práctica ecológica. Como mencionan Morales *et al.* (2016), los procesos agroecológicos funcionan como “ecosistema[s] compuesto[s] de organismos que interactúan entre ellos y con su ambiente físico” (p. 13); son espacios en los cuales confluyen los distintos saberes donde el quehacer campesino trasciende creando una “sinergia entre culturas y entre maneras de entender el mundo” (p. 18).

Visibilizar la complejidad de las relaciones ecológicas y sociales a través de la colectivización de saberes contribuye a ampliar las redes de vinculación de la comunidad escolar y sensibilizar más allá del aula, lo cual da respaldo al trabajo del huerto dentro de la escuela, a la vez que va contagiando la sinergia y ampliando las escalas del proceso agroecológico.

II. Experiencias para aprender y hacer comunidad

A continuación presentamos las diversas estrategias que los docentes, hortelanos, académicos e integrantes de diversas organizaciones compartieron

durante el espacio de reflexión del VII Encuentro de la Red Internacional de Huertos Escolares para:

- a) promover la integración y cohesión comunitaria;
- b) fortalecer y diversificar los espacios de aprendizaje; y
- c) integrar el huerto escolar a otros aspectos de la agroecología.

1. *La chispa del contagio.* Activar la chispa del cambio y la sinergia del trabajo comunitario es un proceso que requiere dedicación, creatividad, planeación y pensamiento estratégico; pero también es un proceso de paciencia y de contagio. Un primer y gran paso para empezar a motivar a otros en sus comunidades escolares es compartir el amor por la naturaleza: el aprecio por la belleza de plantas y flores, la preocupación por el medio ambiente, el respeto hacia los insectos, el maravillarse por el crisol de formas, sabores, texturas y sabor de los alimentos frescos, lo divertido que puede ser el trabajo con la tierra, la satisfacción de separar la basura y preparar la composta, de compartir saberes con y desde el huerto. “Dar el ejemplo de vida”, compartir la dicha que acompaña esa re-conexión con la naturaleza y el cambio en nuestra salud y alimentación y, más aún, en nuestra manera de relacionarnos con los otros. No hay por qué sentirse desesperados si estamos algo solos: el amor es una fuente de contagio.

2. *Faenas-tequios.* En diversas escuelas se ha convocado a la comunidad escolar y vecinal en horarios fuera de clases a días de trabajo comunitario (faena-tequio) donde además se celebra un convivio. Estos espacios promueven un intercambio fraterno y horizontal de saberes que multiplica los aprendizajes; en ellos se incorporan los saberes de papás, mamás, abuelos, campesinos y jardineros, ampliando los circuitos y colectivizando los roles de enseñanza. En escuelas con un fuerte componente rural, los saberes campesinos de las familias despiertan en el trabajo y aportan a la reconstrucción social y la

re-dignificación del trabajo con la tierra. Más aún, el disfrute de la comida en el convivio vincula el huerto con la cultura culinaria local y se presenta como una oportunidad para compartir alternativas agroecológicas para los alimentos y la separación de residuos. Se trata de una celebración del apoyo mutuo en el cual no sólo se reconocen los cuidados y esfuerzos específicos que requiere un huerto, sino también la ligereza del trabajo colectivo.

3. *Comité de mantenimiento del huerto.* Promover un comité dedicado al mantenimiento y uso del huerto donde participen distintos niveles escolares, docentes y estudiantes, así como directivos, administrativos, intendentes, padres y madres ha resultado una estrategia útil para: armonizar los tiempos institucionales/escolares con las dinámicas del huerto; garantizar la continuidad del huerto durante las vacaciones; y, sobre todo, reforzar los lazos de vinculación y participación de diversos actores de la comunidad en la toma de decisiones y el trabajo. Este comité puede dedicarse a promover una red de respaldo e integrar una planeación escolar colectiva y diversa que tenga como objetivo repartir y optimizar las responsabilidades y beneficios del huerto: calendarizar, rotar y repartir tareas y actividades en la comunidad por turnos, grupos o niveles escolares; organizar un plan de trabajo para las vacaciones; perfilar retos para el periodo escolar; activar y coordinar el comedor de la escuela en relación con la cosecha y los intercambios locales, etcétera. Las tareas también pueden organizarse en función de darle continuidad al trabajo de siembra y mantener el huerto sano, limpio y verde: preparar semilleros, sembrar, regar, trasplantar, eliminar plagas, re-nutrir la tierra, regar, podar y cosechar. Con la participación de todos, estos espacios pueden ayudar a promover un modelo de liderazgo que dinamiza la vida de la comunidad escolar.



Fotografía: visita a huerto de CICEANA, A.C., en la Ciudad de México, durante el V Encuentro de la Red Internacional de Huertos Escolares.

4. *Promover la co-facilitación y diversificar los espacios de aprendizajes en torno a la siembra y mantenimiento del huerto.* Los espacios y herramientas para el aprendizaje creativo y la multiplicación de facilitadores revitaliza el intercambio de saberes y ayuda a potencializar la confianza de los actores de una comunidad respecto de sus conocimientos prácticos. En este sentido, se puede incentivar la co-facilitación de talleres, la organización de conversatorios, charlas y espacios de encuentro lúdico y participativos entre estudiantes, familiares, trabajadores y docentes sobre diversos temas, ya sea temas puntuales del huerto (nutrición de la tierra y control de plagas, alternativas agroecológicas, camas de siembra, compostaje, huerto urbano, etcétera); o de salud integral (autocuidado, alimentación, consumo responsable, reciclaje). También se pueden emprender espacios colectivos, como bibliotecas y repositorios comunitarios.
5. *Promover encuentros regionales, locales, por ciudad y comunidades.* Estos espacios son importantes para mostrar el trabajo de los huertos y

otras experiencias agroecológicas; sirven para contagiar a más y también para contagiarse, compartir los frutos del trabajo, la diversidad de las experiencias y promueven la vinculación más allá de la comunidad escolar. En ese sentido, también es importante participar en las ferias de ciencia, del libro, de salud, ambientales, campesinas, ferias del maíz, intercambios de semillas, etcétera. Además de dar visibilidad al huerto en la comunidad, estos espacios ayudan a recuperar, visibilizar e innovar saberes amplios y locales en relación con el ecosistema, además de que promueven el intercambio de semillas y productos locales.

6. *Integrar otras prácticas agroecológicas a la vida escolar.* Implementar ecotecnias y prácticas de innovación local en relación con los ecosistemas (manejo integral de los residuos, lombricomposta, captación de agua de lluvia, módulos de bioconstrucción, estufas ahorradoras, gallineros, apicultura, meliponicultura), son prácticas que complementan y fortalecen el proceso de siembra y cosecha, a la vez que fomentan la agroecología como una alternativa para la vida diaria y la producción.

Reflexiones finales

El proceso hacia la sustentabilidad social echa a andar su propia sinergia transformadora en la medida en que más y diversos integrantes de la comunidad escolar aportan con su participación a la vida del huerto. La integración comunitaria en el hacer y el aprender abre las posibilidades de transformar orgánicamente los contextos de las comunidades hacia realidades donde puedan expresarse las potencialidades individuales y colectivas para satisfacer las necesidades de las personas en relación con las de la madre tierra. La integración se presenta, entonces, como el eje articulador de nuestras reflexiones.

Referencias y lecturas sugeridas

- BARRÓN RUIZ, Á. Y J. M. MUÑOZ RODRÍGUEZ (2015), "Los huertos escolares comunitarios: fraguando espacios socio-educativos en y para la sostenibilidad", *Foro de Educación*, vol. 13, núm. 19, pp. 213-239, en: <http://dx.doi.org/10.14516/fde.2015.013.019.010>
- BELLEDA, B. (2005), "Huertas en Montevideo: agricultura urbana 'a la uruguaya'", *LEISA. Revista de Agroecología*, vol. 21, núm. 2, pp. 29-32.
- COMISIÓN INTERNACIONAL PARA EL FUTURO DE LA ALIMENTACIÓN Y LA AGRICULTURA (2009), *Manifiesto sobre el futuro de los sistemas de conocimiento: soberanía de conocimiento para un planeta sano*, Arsia, Regione Toscana.
- MORALES H., C. HERNÁNDEZ, M. MENDIETA Y B. FERGUSON (2016) (coords.), *Sembremos ciencia y conciencia. Manual de huertos escolares para docentes*, Chiapas (México), El Colegio de la Frontera Sur.
- RODRÍGUEZ-HAROS, B., E. TELLO-GARCÍA Y S. AGUILAR-CALIFORNIA (2012), "Huerto escolar: estrategia educativa para la vida", en *Ra Ximhai*, vol. 9, especial 1, enero-abril, Universidad Autónoma Indígena de México, Mochichahui, El Fuerte, Sinaloa, pp. 25-32.

Nota

Agradecemos las aportaciones de docentes, hortelanos y académicos que participaron en el semillero de ideas del cual derivan las reflexiones presentadas en este texto. El grupo estuvo integrado por personas del Jardín de Niños "Carlos Moreno"; CBTIS 165 Consolapa-Coatepec (Red de Huertos Escolares y Comunitarios Xalapa-Coatepec); Huerto "La Flor de Mayo" (Misantla, Veracruz); Red Estatal de Huertos Escolares Chiapas/ECOSUR; Universidad Nacional de Colombia; Ciencias Biológicas IPN; Escuela Primaria "Melchor Ocampo"; Bachillerato Asunción Ixtaltepec; Telebachillerato "La Minja"; Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición "Salvador Zubirán"; CICEANA; CEPAGRO, Universidade Federal de Santa Catarina, Brasil.